

lar. Baillet (Baill. 25 encr.) dice que murió bajo el peso de los años y cargado del mérito de sus trabajos apostólicos, y sigue la cronología de Bolando para el tiempo de su muerte; pero no señala el de su nacimiento. Créese que es él á quien los griegos honran el 25 de enero. Bolando le fija en el mismo día.

Parece (Vit. PP. l. 10, c. 184.) que el monasterio de San Apolon era célebre en la Tebaida en el siglo sexto y que la disciplina regular se observaba en él fielmente, por dos ejemplos que Juan Mosch, autor del *Prado espiritual*, que florecía por aquel tiempo, nos ha conservado. El primero es de un joven religioso cuyo amor á la penitencia era tan ardiente que se abstuvo de beber hasta su muerte, la cual aconteció tres años despues de la resolución que de ello habia hecho. El segundo era de un anciano, tan asiduo á la oración, que se veía en una tabla de su celda, en la que tenía costumbre de arrodillarse para orar, un hundimiento de cuatro dedos que habían hecho sus rodillas.

Ha habido muchos solitarios llamados Apolon, á saber: uno en el desierto de Sceté, otro, en el de las Celdas y otro en el de Nitria. De ellos hablaremos en otra parte.

SAN AMMON Y SAN ONOFRE

ANACORETAS DE LA BAJA-TEBAIDA

Añadiremos á la vida de San Apolon lo poco que sabemos de San Ammon, anacoreta, (Vit. PP. l. 2, c. 8, y l. 8, c. 53.) que moraba en las cercanías de su monasterio, y á donde los discípulos del Santo llevaron desde luego á Rufino y á sus compañeros. San Ammon habia ya muerto pe-

ro habia dejado un discípulo heredero de su celda y de sus virtudes. De este aprendieron lo que de aquel vamos á referir.

Cuando, pues, Rufino y sus cofrades hubieron abandonado á San Apolon, sus piadosos guías les condujeron por el desierto por la parte de medio día donde, despues que hubieron andado algun tiempo, apercibieron sobre la arena las huellas de un dragon tan enorme, que cualquiera hubiera dicho que por allí se habia arrastrado alguna gran viga. Espantáronse mucho al verle y rogaron á los que le conducian que se apartasen de aquel camino para que no se encontrasen con aquel horrible animal.

Estos, por el contrario, les exhortaron á que nada temiesen, y hasta querían seguir á la serpiente con el fin de alcanzarla y matarla en presencia suya, como decian haberlo hecho con otras serpientes. Pero, muy lejos de reanimarse, Rufino y sus cofrades les instaron á que tomasen otro camino.

Esto no impidió que uno de los discípulos de San Apolon siguiese las huellas de la bestia hasta cerca de la cueva en que ella se retiraba, y que no les gritase desde allá á que se juntasen á él y viesen cómo iba á matarla. Un solitario que moraba poco lejos de allí, se presentó entonces, y enterado por ellos de la causa de su temor, les confirmó en él diciendo que él mismo habia visto este monstruoso animal y que era tan horrible que no podrían sufrir su vista, sobre todo no estando acostumbrados á ver cosa semejante, porque no tenía menos de quince codos de largo.

Hizo volver al hermano que estaba cerca de la cueva, y les llevó á todos juntos á su celda, donde les recibió con toda la caridad posible. Despues que hubieron descansado, habiendo trabado conversacion, díjoles que la celda que habitaba habia sido la de un hombre santo llamado Ammon, su padre espiritual, por quien Nuestro Señor habia obrado muchos prodigios.

Su alimento no había sido más que pan y agua. Algunos ladrones iban á robar este pan. Cuando el Santo vió que frecuentemente le incomodaban de esta manera, fuése un día al desierto, y habiendo á su vuelta mandado á dos grandes dragones que le acompañasen, les ordenó que se quedasen junto á su celda para guardar su entrada. Habiendo vuelto aquellos ladrones segun costumbre y viendo delante de la puerta aquellos dragones como en centinela, fueron sobrecogidos de un tan gran temor que cayeron al suelo sin juicio y sin sentidos; lo cual habiendo visto el santo viejo, salió, y habiéndoles encontrado medio muertos, les levantó y les reprendió de su falta con estas palabras: « Ya veis cómo sois mucho más crueles que las bestias, puesto que estas nos obedecen á causa de la sumision que tienen á Dios, mientras que vosotros no le teneis ningun temor ni tampoco vergüenza de turbar el reposo de sus siervos. » En seguida les entró en su celda en donde les hizo sentar á la mesa y les ordenó que comiesen. Aquellos desdichados se conmovieron tanto en su corazon y olvidaron de tal manera sus fieras costumbres que pronto se hicieron mejores que muchos de los que largo tiempo antes habian comenzado á servir á Dios; porque adelantaron de tal manera en la virtud de la penitencia, que pronto despues obraban los mismos milagros que San Ammon.

Otra vez, como un dragon espantoso asolase todas las provincias vecinas y hubiese dado muerte á muchas personas, los habitantes de aquellos lugares fueron á encontrar al bienaventurado Ammon para suplicarle que les librase de aquella cruel bestia; y á fin de moverle á compasion, le llevaron el hijo de un pastor que solo con verlo se quedó tan espantado que habia perdido el juicio, y su soplo le habia puesto como muerto y totalmente hinchado. El Santo viejo, despues de haber oleado al niño, le devolvió su primitiva salud; y aun cuando tuvo un gran deseo de dar

muerte á aquel peligroso animal, sin embargo, como si no hubiese podido asistirles, no quiso prometerles nada; sino que habiendo salido entonces mismo, se fué hácia la bestia é hincándose de rodillas en tierra hizo su oracion á Dios. El dragon, despues de haber exhalado un soplo que llenó todo el aire de un hedor horrible, y despues de haber dado grandes silbidos y gritos, abalanzóse con furia contra él. Entonces el Santo, sin inmutarse en nada, le miró con rostro firme y le dijo: « Que Jesucristo, hijo de Dios, te dé la muerte, él que debe hacer morir á la gran ballena. » (Isai. 26) Apenas hubo proferido estas palabras, cuando este cruel animal vomitó todo su veneno con su vida, y reventó al instante. Todos los habitantes de los contornos que se habian reunido, como dije, estando espantados de este milagro y no pudiendo sufrir un hedor tan grande, arrojaron grandes montones de arena sobre el cuerpo de aquella bestia, siempre en presencia del Santo, porque aun cuando pareció evidentemente que el animal estaba muerto, nadie se atrevía á acercársele sino en su presencia.

Debemos decir aquí algunas palabras de San Onofre cuya vida nos dió Pafnucio, solitario egipcio hácia el fin del siglo cuarto, pero como en aquella época florecían muchos Pafnucios, no se sabe á cuál debe atribuirse la vida de San Onofre. Además hay en esta historia ciertos hechos extraordinarios que han parecido poco verosímiles y que han hecho temer interpolaciones de algun amigo de ficciones. Parécenos que este temor debilita todo el relato. En efecto, si se le suprime, no se puede estar seguro de hacerlo justamente. Es pues necesario limitarse á decir que Onofre fué en un principio cenobita en un monasterio de la Baja-Tebaida, y que más tarde se retiró al desierto, en donde vivió setenta años en una completa soledad.

EL MONASTERIO DEL ABAD ISIDORO

Rufino y Paladio han hablado los dos del monasterio del abad Isidoro. Hiciéronlo y debían hacerlo brevemente, porque no trayendo sino cosas ciertas, y no abriéndose jamás esta célebre casa sino para los que querían permanecer siempre en ella, no fueron admitidos á visitarla. Así que no supieron más que lo que podía saberse por de fuera.

El Abad Isidoro no es, como han pensado algunos, aquel á quien San Jerónimo coloca, entre los Origenistas. Este Isidoro, por sobrenombre el Xenódoco ó el Hospitalario, era solitario y sacerdote de Alejandria, de donde fué desterrado por el patriarca Teófilo.

Aquel de quien nosotros aquí hablamos estaba enteramente ocupado en la conducta de sus discípulos y nada tuvo de comun con los solitarios á quienes se acusó de origenismo. Su monasterio era uno de los más considerables de la Baja-Tebaida, tanto por el número de los religiosos, que era de cerca de mil, cuanto á causa de su admirable piedad. Su circuito era muy espacioso y cerrado de murallas. Había en él vastos jardines, abundancia de agua, cantidad de árboles y frutos, y generalmente todo cuanto era necesario para el alimento de los hermanos. Observábase allí una disciplina muy-exacta, y sobre todo la clausura perpetua puesto que no se recibía á nadie que no tuviese la resolución de permanecer hasta la muerte en el monasterio.

No era permitido salir de él sino á dos ancianos de una probada virtud, á quienes el abad escogía para distribuir

por fuera las obras de los religiosos y traer los materiales necesarios para hacer otras. Solo se confiaba la guardia de la puerta á un anciano que más se había distinguido por su probidad y prudencia. Por esto tenía su celda cerca de la puerta, en donde se había también construido otra para alojar á los forasteros, á los que recibía con humildad y caridad. No le era permitido introducir á nadie más adelante, y contentábase con cumplir los deberes de la hospitalidad y edificar con conversaciones dignas de un santo solitario.

Por medio de estas sábias precauciones, el abad Isidoro había alejado de su monasterio todo cuanto podía recordar á sus religiosos la memoria del siglo; y por este dichoso olvido, junto con la exención de toda solicitud temporal, teniendo menos que combatir las vanas ideas ocasionadas por el extravío de los sentidos y los constantes cuidados de la vida, tendían á Dios con mayor libertad de corazón.

Después de esto, no hay que sorprenderse de que ninguno de estos fervorosos religiosos tuviese pesar de su clausura. La tranquilidad de que gozaban y las virtudes de las que se daban mutuamente tan edificantes ejemplos, hacían de aquella casa una morada de paz y una imagen de la que reina en la Jerusalén celestial; y estaban tan contentos de no salir jamás, que solo la obediencia les determinaba á aceptar el cargo de llevar las obras de fuera.

Cuanto vivían tranquilos en su retiro, tanto gustaban sus preciosas ventajas por el silencio que allí reinaba, por la facilidad que tenían en cumplir con sus ejercicios de piedad, y sobre todo en levantarse á Dios con la oración y meditación á la que dedicaban un tiempo considerable. Por último practicaban tan perfectamente las virtudes religiosas que Dios les favorecía con sus más excelentes dones, de suerte que, dice Rufino, no había ninguno que no hubiese recibido el de hacer milagros; pero lo que todavía es más

admirable, según relación del mismo historiador, ex que no morían de enfermedad y que, cuando se acercaba el fin de alguno de ellos, se despedía de sus hermanos y descansaba en paz, con un maravilloso contento de su corazón. Rufino y Paladio no hablan de todo lo que acabamos de decir como testigos oculares sino por relación del portero del monasterio; porque como hemos dicho, no era permitido entrar en el interior sino á condición de fijar allí para siempre su morada.

SAN PAFNUCIO, ABAD Y SANTA TAIS, PENITENTE ¹.

Pafnucio había establecido su monasterio en la estremidad del territorio de Hiraché, en la Baja-Tebaida. La vida que llevaba era tan santa, que le miraban menos como un hombre que como un ángel. Había muerto ya cuando Rufino fué á visitarle á su monasterio hácia el año 390. Así que Rufino escribió fundado en el testimonio de sus discípulos.

Un día, Pafnucio, orando, tuvo el deseo de saber si había aprovechado en la virtud. Un ángel le dijo entonces que podía compararse á un cierto músico que se ganaba la vida cantando en una aldea del vecindario.

Este paralelo le admiró y humilló. Con el deseo de instruirse más, apresuróse á ir á ver á aquel hombre de una profesión que ninguna relación tenía con la virtud perfecta, y a quien el cielo, sin embargo, ponía al nivel de un solitario completamente aplicado á los trabajos de la penitencia y á la práctica de la perfección religiosa. Su sorpresa fué todavía mayor cuando, habiéndole encontrado y preguntado por su

¹ *Vitae Patrum*, Rufino, Bulteau.

conducta espiritual, le respondió que era un gran pecador y que antes que ejerciese el oficio que actualmente tenía, no había vivido más que del robo.

Pafnucio le instó á que le dijese al menos si, durante el tiempo de sus latrocinios, le había acontecido hacer alguna obra buena; á lo cual respondió que solo se acordaba de dos: la una que, hallándose en cierto día con otros ladrones, se apoderaron de una virgen consagrada á Dios, á la cual, queriendo insultar sus compañeros, él la había arrancado de sus manos y conducido de noche á la aldea de donde era, sin que le hubiese sucedido ningún mal. La otra que, habiendo encontrado en el desierto á una muger desconsolada, porque unos acreedores que habían hecho meter en la cárcel á su marido y á sus hijos, la buscaban también para hacerla prender, se conmovió tanto que la llevó á su cueva, hizo volver en sí de la extrema debilidad en que se hallaba, á causa de que hacía ya cuatro días que no había comido nada, y le dió trescientas piezas de plata para pagar sus deudas y poner en libertad á su marido y á sus hijos.

Pafnucio, admirando estos actos de caridad en un ladrón, tomó de ellos ocasión para exhortarle á que se aprovechase de la misericordia de Dios. « A la verdad, le dijo él, yo no he hecho cosa semejante y sin embargo creo que no ignorais que el nombre de Pafnucio es bastante conocido entre los solitarios á causa del gran deseo que he tenido de instruirme y ejercitarme en su santa manera de vivir; y no obstante Dios me ha revelado que no os considera menor que yo. Así que, hermano mío, puesto que veis que no ocupais uno de los últimos lugares cerca de su divina magestad, no olvideis el cuidado de vuestra alma ».

Estas palabras movieron el corazón del músico y le llenaron de reconocimiento para con la divina misericordia. Al instante, arrojó las flautas que tenía en la mano, siguió al Santo